

PRÓLOGO

ESCRITO PARA

LA SCUOLA NAPOLITANA DI PIETRO PIOVANI

Fulvio Tessitore
Universidad de Nápoles

RESUMEN: Como presentación de los textos de Piovani, la Dirección de *Cuadernos sobre Vico* presenta traducido el *Prólogo* escrito por Fulvio Tessitore al libro de Giovanni Morrone, *La scuola napoletana di Pietro Piovani* (Edizioni di storia e letteratura, Roma, 2015). En este texto, Tessitore, discípulo directo de Piovani, ofrece con gran eficacia expresiva un perfil psicológico de su maestro como estudioso, reconstruyendo los episodios más importantes de su vida intelectual y la influencia que esta tuvo en la cultura de la Nápoles de su tiempo.

PALABRAS CLAVE: Giambattista Vico, Pietro Piovani, *Centro di studi vichiani*, Nápoles, Fulvio Tessitore, Alfonso Zúnica García [trad.].

ABSTRACT: As an introduction to Piovani's texts, the editorial team of *Cuadernos sobre Vico* presents a translation of the Foreword written by Fulvio Tessitore for Giovanni Morrone's book, *La scuola napoletana di Pietro Piovani* (Edizioni di storia e letteratura, Rome, 2015). In this text, Tessitore, a direct disciple of Piovani, effectively provides a psychological profile of his teacher as a scholar, reconstructing the most significant episodes of his intellectual life and the influence it had on the culture of Naples in his time.

KEYWORDS: Giambattista Vico, Pietro Piovani, *Centro di studi vichiani*, Naples, Fulvio Tessitore, Alfonso Zúnica García [transl.].

PUBLICACIÓN ORIGINAL: FULVIO TESSITORE, *Premessa* a GIOVANNI MORRONE, *La scuola napoletana di Pietro Piovani*, Edizioni di storia e letteratura, Roma, 2015, pp. XI-XVIII.

La diligente recopilación de información bibliográfica, acompañada por el agudo estudio interpretativo sobre la que es definida como “escuela napolitana” de Pietro Piovani, que aquí presentamos y que ha sido llevada a cabo por un excelente discípulo de dicha “escuela”, es un debido y justo acto de homenaje a un Maestro ejemplar, que además fue una de las más originales y prestigiosas figuras de la filosofía italiana de la segunda mitad del siglo XX.

He promovido este trabajo, por el cual estoy muy agradecido a Giovanni Morrone, por algunas razones que deben ser expuestas con claridad y sin preocuparse de si parecen “políticamente correctas o incorrectas”. No tengo ninguna duda de que cuando se escriba la historia de la cultura filosófica italiana del siglo XX, los narradores dignos de ser contados entre los historiadores atentos a describir y capaces de comprender dedicarán la atención adecuada a esta original personalidad (lo repito), capaz de “trabajar por su cuenta”, rigurosa, esquiva y fiel como pocas a la eticidad del saber, la cual, con seria y manzoniana auto-ironía, gustaba de definirse como «el último exponente del monaquismo occidental». Y no era una ocurrencia ingeniosa.

Hombre de inteligencia crítica, lúcida, aguda y sin miramientos, verdadero sismógrafo de las exigencias profundas del presente, discípulo de Giuseppe Capograssi, otra personalidad “excéntrica” de la gran cultura italiana *novecentesca*, Piovani advirtió proféticamente de los riesgos de la “cultura” de los medios de comunicación de masas. Comprendió los procesos de mistificación que albergaban en su seno, erigiendo a parámetro la publicidad y la moda, o sea, lo efímero, lo aparente y lo ruidoso. Intentó poner en guardia sobre ello, consciente de las convulsiones que provocarían. En su elección – que no fue la de la polémica a gritos, descompuesta y vulgar, sino la del ejemplo, es decir, la de la distinción, sin vanidad ni presunción, y por eso plenamente consciente de sí– no albergaba ningún conservadurismo. En pocas y agudísimas palabras sobre *La scuola di Croce*, escritas inmediatamente después de la muerte del gran filósofo napolitano, que él estimaba pero no amaba, Piovani esbozó la imagen del fundador de una escuela que no desdeñaba – porque sabía que no podía hacerlo en el culmen de la modernidad– el uso de medios cuya recentísima eficacia reconocía: la impresión incluso cotidiana, la coordinación de editoriales de cultura, la atención a revistas libres en la escucha de las ideas más diversas y, en consecuencia, fuertemente caracterizadas por sus propios valores, la tribuna parlamentaria, la bancada del gobierno, la

fundación de centros de investigación severos, austeros, inflexibles, incluso ásperos en la investigación de la verdad y las verdades. Tanto más cuando intuyó o, mejor, comprendió la profundidad de la crisis de las instituciones universitarias y académicas, vivida al alba de la segunda mitad del siglo pasado. Lo demuestran las duras, afligidas y polémicas páginas de un opúsculo que todavía hoy, especialmente hoy, merece ser leído y releído, y que Piovani escribió en pleno '68 y publicó en los primeros meses de 1969: *Morte (e trasfigurazione?) dell'Università*. A él siguieron otras breves intervenciones sobre la “actualidad” y “utilidad” de las academias o sobre la propuesta de un sistema tripolar de organización del saber, organizado en torno a las academias, lugares de elaboración y confrontación de ideas libres y diversas, las universidades, dirigidas a la formación y desarrollo de siempre nuevas y renovadas clases dirigentes, y el Consiglio Nazionale delle Ricerche¹, dedicado a la programación y apoyo de los grandes proyectos científicos.

Todo ese fervor de ideas y proyectos tiene una fecha de nacimiento y un lugar de férvida elaboración: Nápoles 1963.

Vencedor de un concurso de cátedra, con poco más de treinta años, Piovani impartió filosofía del derecho durante dos años en Trieste y ocho en Florencia, en la Facultad de Derecho. En 1962, con cuarenta años, edad todavía precoz para entrar en una sede que se consideraba el culmen de una prestigiosa carrera, Piovani fue llamado a Roma “La Sapienza”. Era una sede a la que aspiraba, sobre todo porque, napolitano de nacimiento de madre lombarda y padre romañol, no tuvo nunca intención de dejar Nápoles, donde sin embargo no tenía interés por enseñar. Piovani, devoto inflexible del valor del tiempo, se preocupaba de reducir los tiempos muertos (o casi) de los viajes en tren. Soy testigo de que en once años de docencia lejos de Nápoles, con inflexible e inexorable puntualidad salía el jueves por la mañana y volvía el sábado por la tarde, para dedicar, en monacal recogimiento, los otros cuatro días a sus estudios, jalonando cada día con férrea meticulosidad. Una de las primeras advertencias que recibí –cuando superé el difícil examen al que me sometí para intentar ver si presumiblemente disponía de las capacidades para seguir la vida de los estudios (me dijo, sin ninguna piedad: «recuerde que se esposa con la

1. El Consiglio Nazionale delle Ricerche (Consejo Nacional de Investigaciones) es el principal órgano del Estado italiano para la regulación y supervisión de la investigación científica en las universidades. [N. T.]

Virgen Pobreza»)– fue: «tenga bien presente que cuando se pierde el primer minuto de una hora, con gran facilidad se pierden los otros cincuenta y nueve». Y desde entonces, rápidamente aprendí que no era una ocurrencia ingeniosa. A tal respecto, desde que conseguí la exacta dimensión comportamental, he tenido que afrontar duras pruebas, soportar duros reproches, dispuestos incluso a infligir humillantes retractaciones, que no se ahorra este hombre sensibilísimo, gran señor, capaz de grandes y generosos afectos (de los cuales también me he beneficiado mucho). ¿Quién sabe qué pensarían de ello los actuales caballos de carreras, desviados por la confusión sindicalista entre obligaciones de estudio y trabajo en una oficina postal (lo cual sea dicho con todo el respeto por esta importante profesión que Piovani tanto apreciaba)?

En Roma, sin embargo, el Maestro no se encontró bien, él, que estaba acostumbrado al rigor geométrico de la urbanidad florentina y a la insospechable y aun así fortísima discreción del señor napolitano que sabe siempre excavar en la urbanidad napolitana el pesimismo del sentido de la humana finitud bajo el efervescente chisporroteo de una vitalidad incontenible por la enérgica voluntad de vivir. En Roma Piovani encontró el parasitismo formalista de la capital y, sobre todo, el gusto del poder por el poder. Así, después de haber fijado la fecha y escribir el texto de la conferencia que entonces era costumbre pronunciar al tomar posesión de una nueva cátedra universitaria, anuló la cita y decidió volver a Florencia, reconociendo, si no una derrota, un error. Pero por pura casualidad (de la cual soy testigo directo), un encuentro ocasional con el profesor Ernesto Pontieri, prestigioso historiador “medieval y moderno” en la Facultad de Letras napolitana, que hacía poco había dejado su largo rectorado de la Universidad Federico II, el Profesor recibió de un gran admirador suyo la decidida invitación a venir a Nápoles, a la Facultad de Letras, que era el verdadero deseo del Maestro, convencido de que la “filosofía del derecho” era una ciencia filosófica. La fuerte y prestigiosa insistencia lo convenció, y Piovani aceptó con su habitual y señorialísima discreción. Había que evitar turbar aspiraciones de consolidadas presencias en la Facultad, por lo que no aceptó la oferta de una cátedra “mayor” (ocupada por un “Encargado” [*Incaricato*], como entonces se decía), y asumió la cátedra vacante de Historia de las doctrinas políticas, iniciando una carrera que en 1968 lo conduciría a la cátedra de Filosofía moral, que consideró su lugar adecuado, manteniéndola hasta su prematura muerte en 1980.

Tengo que decir que, para mí, esta opción de Piovani fue una suerte, y estoy obligado a abrir un paréntesis personal como justificación de mi testimonio. Conocí a la familia Piovani cuando, con cinco años, fui inscrito a primero de primaria [*prima elementare*] (que abandoné enseguida, en 1942, por la evacuación bélica de mi familia) en la napolitana escuela “Quarati”, donde el padre del Profesor ejercía de director y la madre de maestra, la severísima, inteligentísima y enérgica señora Olga. Desde entonces mis estudios fueron dirigidos por los señores Piovani. Después de primaria, en la escuela secundaria, encontré a la profesora Lia, hermana del Profesor, que también daba clases allí, aunque no a mi grupo. Sin embargo, a pesar de ello, siguió con afecto mis sufridos estudios de esos años difíciles. Recuerdo bien la elegante y juvenil figura del Profesor, que con vergüenza yo miraba por el rabillo del ojo cuando su madre o su hermana sometían a duras reprimendas a un estudiante por aquel entonces tímido y discoló, aunque no falto de cultura por su personal gusto de lecturas. Cuando terminé el bachillerato, superando con espléndido éxito el entonces bastante difícil examen de selectividad en el gran “Sannazzaro”, las señoras Piovani quisieron que conociese al Profesor, catedrático desde hacía algunos años. Desde entonces he disfrutado de la condición de discípulo del prof. Piovani y desde entonces profeso fuerte fidelidad y gratitud al Maestro “para-mí-siempre-vivo”, al cual debo todo lo que soy, he sido y he intentado ser. Lo digo y no me canso de repetirlo, con orgullo y humildad sincera, especialmente cuando me veo obligado a asistir a ejemplos dolorosos de mistificación innoble, de miserable infidelidad, de despreciable ingratitud. El Profesor siguió mis estudios universitarios, me sugirió el tema de la tesina de laurea, defendida, sin embargo, no con él, entonces catedrático en Florencia, donde enseguida me nombró ayudante voluntario [*Assistente volontario*]. Desarrollé esa función durante dos años, hasta que el Maestro se fue a Roma y yo vine a Nápoles como ayudante extraordinario [*Assistente straordinario*] y luego ordinario. Gracias al incansable trabajo, que debía cultivar quien quisiese colaborar con Piovani, conseguí en 1964 la “libre docencia por méritos excepcionales” (título que ostentaba con orgullo quien, como yo, lo conseguía antes de los cinco años desde la graduación universitaria). Y en 1965 gané el concurso a cátedra, también yo en Historia de las doctrinas políticas, que impartí hasta 1975, cuando asumí la docencia de Historia de la filosofía en la Facultad de Letras. He recordado estas fechas y avatares personales, en primer lugar para repetir también en esta ocasión mi fidelidad y

gratitud de ya más de cincuenta años (que para mí no es “un sentimiento con fecha de caducidad”) al Maestro, pero también para dar muestra de mi cercanía a él durante más de treinta años, cercanía que deja en mí unos recuerdos que aquí entrego al papel y que solo yo puedo recoger.

Sin retórica ni exageración, el año 1963 es una fecha epocal para la cultura filosófica napolitana, que entonces vivía el fin de una antigua y ya atrasada época, entre crocianismo ortodoxo fuera de la universidad y cansada repetición en la universidad. Gracias a Piovani, la universidad conoció jóvenes y valiosos docentes y reconquistó relaciones nacionales e internacionales, las gloriosas academias napolitanas vivieron una estación de verdadera refundación y se retomó la antigua napolitana «vocación por imprimir libros», como precisamente Piovani escribió en un memorable artículo del *Corriere della Sera*.

Antes he hecho referencia a su personalidad como estudioso. Vuelvo sobre ello. Piovani fue discípulo de Giuseppe Capograssi. Este –un “católico filósofo” y no un “filósofo católico”, como Piovani decía y no por motivos ideológicos– había seguido a su vez un camino totalmente autónomo respecto al ambiente cultural de sus años. Sensible a las novedades del idealismo decimonónico y del neoidealismo del siglo XX, que sin embargo no compartía, estudioso de Vico y Rosmini (por nombrar a los principales), conocedor de Marx, de grandes historiadores del derecho, a partir de Jehrning, de la filosofía francesa de finales del XIX y principios del XX, había puesto en primer plano el tema de la “experiencia común” para construir una filosofía como ciencia de realidad capaz de comprender las exigencias del individuo singular, pero no solipsista, y de comprender el valor fundacional de la responsabilidad individual. Piovani lo siguió en esta dirección, que renovó muy autónomamente, como bien ilustra Morrone en su trabajo.

De este recorrido me urge subrayar aquí un aspecto característico y fuertemente importante para un filósofo que se inicia en el mundo de la investigación escrupulosa en la Italia de la segunda guerra mundial. Piovani razonó –con atención a Rosmini y al primer Blondel– sobre el significado de la acción, dominada por un intrínseco criterio normativo, en sentido ni activista ni miosológico ni solipsista. Al contrario, como condición de rescate de la originaria “datidad” del sujeto individual, un “queriente que no se ha querido”, que reivindicaba esta condición suya descubriendo y aceptando, en su determinación ética kantiana, el mundo de la experiencia histórica y moral; de ahí el nexo derecho-ética-historia. De aquí la investigación minuciosa de la *Realität*,

que se hace *Wirklichkeit*, pero no en el sentido hegeliano de la ineluctable necesidad de que el hacer sea hecho, sino en el sentido opuesto del construir problemático (diría el *Aufbau* diltheyano) siempre consciente de los riesgos y de los límites del actuar, perennemente en lucha precisamente con lo necesario, en nombre de una libertad que es conquista continua de sujetos responsables; los cuales conocen el valor de la acción, pero no conocen la garantía del «éxito», y mucho menos de la «salvación» gracias a la acción. No sorprende que *Normatividad y sociedad* sea el título del primer libro programático de Piovani, publicado en 1949. Todo eso, también a partir del ejemplo de Capograssi, fue estudiado por Piovani sin confines disciplinares, sin ninguna preocupación por haber atravesado fronteras entre «provincias pedagógicas» distintas o incluso nacionales. Todo ello lo hizo inmune a cualquier complejo de inferioridad respecto a las culturas no italianas (empezando por las de los países vencedores de la guerra, verdadero castigo de una conciencia nacional perdida) o a cualquier rechazo de comprender los orígenes, también tradicionales, del mundo en el que le había tocado vivir y del que tenía que afirmar los elementos característicos, que, para bien o para mal, habían marcado su desarrollo o su tragedia (como la de la «guerra disolutiva», la «catástrofe» bélica). Dicho en términos más simples, Piovani no sintió necesidad alguna de renegar ni de su propia formación ni de los orígenes de esta gran cultura italiana decimonónica (de la cual también conoció las contorsiones «vanguardistas» de principios del XIX). Para ser aún más claros, Piovani no sintió ninguna necesidad de «liberarse de la hegemonía del idealismo». Al contrario, de él pudo comprender «el peso en la historia de Italia» (así quería titular un amplio y densísimo estudio, que por razones editoriales acabó como título, con estúpida costumbre, de una colección, de todas formas importante, sobre la Historia de Italia). Coherentemente con lo que se ha dicho hasta ahora, Piovani no señaló, sino que combatió, considerándola prueba de una incorrecta insuficiencia teórica e historiográfica, la amalgama de experiencias diversas, para cubrir lo que se consideraba necesario cubrir, o confundir lo que era necesario confundir por temor a ser emparentados con experiencias compartidas pero condenadas por la historia (al menos aparentemente en el fragor de las armas). Podría dar ejemplos significativos. Diligente estudiante de la *Existenzphilosophie* (especialmente en la versión jasperiana), rechazó toda mezcla gobernada por funambulismos hermenéuticos heideggerianos (y sin embargo conoció con profundidad los textos de Heidegger). Atento a las rupturas nietzscheanas, se burló de los intentos de emparentar Nietzsche

con Marx, o Heidegger o Carl Schmitt. Del mismo modo, respecto a su Vico, escribió páginas memorables sobre ridículos acercamientos inventados entre el originalísimo filósofo napolitano y, yo qué sé, Rousseau o Spinoza, sin los cuales Vico parecía no poder acceder a los esplendores de la modernidad, quizás por haber vivido miserablemente en una ciudad que alguno ignorantemente llamó «muerto rincencillo de la historia»². No prestó ninguna atención a la investigación de quiénes fueron “los contemporáneos” de Vico, preocupado por la “actualidad” histórica e historicizante de esa novísima filosofía “sin naturaleza”, como dijo en consciente polémica. Y, al respecto, no ahorró en comentarios hirientes y despiadados.

Fueron esos los criterios que él llevó a Nápoles, retomando las grandes tradiciones de los siglos XVII, XVIII y XIX (también esta vez fuera de los esquemas, por ejemplo, del de la distinción entre *veteres* y *novatores*, en todo caso curioso del porqué unos y otros lo fuesen o pareciesen), preocupado por hacer “mapas” minuciosos de una “geografía de la cultura”, en polémica con cualquier forma de falsificación ideológica. Y entonces eran muchas las que se fabricaban, con graves consecuencias para el desarrollo de nuestro saber civil. No conoció “comisiones culturales” de partidos o agrupacioncillas varias, ni siquiera académicas. Él era académico de nacimiento. También académicamente, en años de clara distinción, por ejemplo entre “laicos” y “católicos”, actuó de manera independiente, como él decía, recurriendo a citas de Dante u otros poetas, también contemporáneos, de los que era finísimo lector. Fue ese el escenario que él consideró que debía actuar en Nápoles, una vez que se había decidido a llevar a cabo aquí su docencia. Y fue una elección innovadora, no dudo en decir revolucionaria, que fecundó la viejísima universidad de Federico y la novísima universidad salernitana (donde aceptó dar clases por poquísimo tiempo para abrir camino a algún joven discípulo suyo). Consideró que hacía falta “revitalizar” las gloriosas academias, la “Pontaniana” y la “Società Nazionale”, de las que defendió enérgicamente la autonomía, incluso física, respecto a la universidad, por aquel entonces necesitada de espacios didácticos y, por eso, dispuesta a cualquier acuerdo por defecto de cultura de quien entonces la dirigía. De la “Società Nazionale” aceptó la función de Secretario General, que desde entonces ha adquirido el valor de

2. Se refiere a Gramsci, que describe la Nápoles de Vico como «un angoletto morto della storia» en *Quaderni del carcere*, Giuliano Einaudi Editore, Turín, 1975, vol. I, p. 504. [N. T.]

renovado centro propulsor. Aquí, para poner solo algún ejemplo, quiso hacer públicas las reuniones, a comenzar por la solemne sesión inaugural (antes de él reservada solo a los socios), con información sobre la actividad desarrollada y con conferencias de amplio interés cultural y civil. Promovió algunas colecciones, como por ejemplo la de las “Fuentes para la historia cultural y social del Sur de Italia” [*Fonti per la storia culturale e sociale del Mezzogiorno d’Italia*] (que no a él sino a mí, que le sucedí en el cargo de Secretario General durante dieciséis años, tocó inaugurar y hacer crecer), o la de los “Perfiles y recuerdos” [*Profili e Ricordi*] de socios ilustres. Se trata de iniciativas que son el origen de los actuales “Lunes de las academias” [*Lunedì delle Accademie*] y de los “Jueves académicos entre la Pontaniana y la Academia de Ciencias morales y políticas” [*Giovedì accademici tra la Pontaniana e l’Accademia di Scienze morali e politiche*]. Sintió la necesidad de un compromiso especial para que Nápoles recuperase su ilustre tradición edicitorial y de cultura. Por eso promovió una nueva programación en la gloriosa editorial Morano, la más vieja de Italia, al menos en lo que se refiere a continuidad de dirección familiar y, aparte de las colecciones que fundó y dirigió o codirigió (según una costumbre inspirada en la discreción señorial, contraria al vulgar exhibicionismo), sugirió publicaciones importantes. Puedo recordar el papel que tuvo para que Morano publicase las obras de Piero Calamandrei, que había sido colega suyo en Florencia, o de Francesco Carnelutti, del que había sido muy amigo, así como de clásicos libros de filosofía civil de Rodolfo Mondolfo, con cuya estima contó hasta la muerte del noble estudioso de la antigüedad. De alguna manera he continuado su obra promoviendo las nuevas colecciones, iniciadas más tarde, como por ejemplo la “Colección de lingüística y crítica literaria” [*Collana di linguistica e critica letteraria*] (dirigida por Emilio Bigi y Maurizio Vitale), la “Colección de historia” [*Collana di storia*] (dirigida por Giuseppe Giarrizzo e Pasquale Villani), la “Colección de teoría política” [*Collana di teoria politica*] (dirigida por Giuliano Marini e Michele Stoppino), todas iniciadas a mitad de los años 80. A ellas se unieron otras dirigidas o codirigidas por mí, como se verá a continuación.

Del mismo modo, Piovani trabajó para la recuperación de Guida Editori, también aquí con mi contribución. Se pueden ver sus frutos en la bibliografía publicada. Cuando consideró —en años de profunda crisis de la universidad— que hacía falta constituir una pequeña napolitana Fundación Cini (que era su programa, fracasado por impaciente inconsciencia), favoreció la constitución

de una editorial que debía ser, de alguna manera, la portavoz de la naciente institución y para la que pensó el nombre “Bibliopolis”.

Estudioso de Vico, cuya grandeza en la filosofía moderna y centralidad en la vida de la Nápoles cosmopolita entendió perfectamente, quiso que se constituyese a inicios de los años 70 el Centro di Studi Vichiani que al principio situó en la neonata Universidad de Salerno, donde entonces yo era profesor. Dentro de dicho Centro, que pronto fue reconocido como instituto del Consiglio Nazionale delle Ricerche, quiso que se iniciase la edición crítica [de las obras de Vico], junto a una revista, el *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, que hoy ha alcanzado ya los cuarenta y cuatro años de vida, y a una colección de monografías, los “Studi vichiani”, que hoy han llegado al 56º volumen³.

Se debe añadir que, en todo este intenso programa, llevado a cabo sin pedir a nadie aportaciones que pudiesen trastornarlo o limitar la autonomía de sus decisiones (empezando por las organizaciones políticas o comerciales), jamás se puso en discusión (como después alguna vez se ha intentado por miserable e inconfesada conciencia de la propia pequeñez) la dignidad intangible del *Alma Mater* universitaria, que tenía que volver a ser el centro propulsor de un renovado y renovador sistema.

Por eso, fue natural que, para intentar continuar su obra, cuando el Maestro falleció con tan solo 58 años, se decidiese constituir la Fondazione Pietro Piovani per gli studi vichiani, en torno a su biblioteca y gracias al modesto patrimonio que sus ahorros habían generado. Y esta persiste, apoyando nuevas iniciativas como la revista «Archivio di storia della cultura», puntualmente activa desde 1988, año en que la fundé, junto a las dos series de «Quaderni dell’Archivio di storia della cultura» y la biblioteca de textos y estudios «La cultura storica», que ha llegado al 46º volumen.

Más, mucho más, podría decir y debería decir, porque no es tan fácil expresar cuánto contribuyó a la obra de formación de una pequeña comunidad de estudiosos, educados en la libertad de investigación, aunque en el reconocimiento de una común opción, y en la inspiración ética del trabajo científico y de enseñanza. Si lo hiciese debería ceder, por necesidad de la narración, ante mis experiencias personales como investigador y docente. Ni puedo ni quiero

3. La revista sigue hoy activa, ya sólo en digital. Ha publicado en 2022 el 52º número. Igualmente activa sigue la colección “Studi Vichiani”, que en 2019 publicó su 59º volumen. [N. T.]

hacerlo, para no faltar a un estilo de vida que se me ha enseñado y que tenazmente he intentado continuar y transmitir (no siempre consiguiéndolo). Me limito a una única reivindicación, que hago con orgullo, sabiendo perfectamente que puede ser desmentida solo por mezquinos ambiciosos que desconocen lo que tocan: he cultivado la fidelidad que se debe a un gran Maestro, nunca he perdido la gratitud que le debo, sentimientos que he vivido con alegría, sin incomodidad, sin soportar peso alguno, siempre recordando la advertencia del leonardesco “beneficio” del vivir experimentado con «hostinato rigore». Ciertamente me ha costado gran esfuerzo hacer que el cuidado de este sentimiento diese frutos con esquivia e intangible dignidad; he padecido dolores y decepciones, que he soportado con paz –que esto no parezca paradójico–, feliz de habérselos ahorrado al Maestro “para-mí-siempre-vivo”.

Nápoles, 14 de junio de 2014.

Traducción de Alfonso Zúnica García

